

su madre, y las realzó con la renuncia que hizo del siglo, para servir á Dios en la profesion de la santa virginidad; y la última fué Santa Teodosia, esposa de Leovigildo y madre de San Hermenegildo, el glorioso mártir de la fe católica en España, cuyos triunfos cantó San Gregorio el Grande, y del santo rey Recaredo, apóstol de los pueblos, y fundador de la monarquía católica en España, como Clodoveo lo fué en Francia. ¡Dichoso el vientre que dió á luz, benditos los cuidados piadosos de las santas mujeres que educaron tales hijos para que fuesen la salvacion del Estado y la gloria de la Iglesia!

Ved aquí un pequeño compendio de las relaciones de la mujer católica con los padres de la Iglesia. Ahora vamos á ver cómo ayudó ella á estos grandes hombres á mantener la pureza del dogma y á formar las costumbres cristianas, con el magnífico espectáculo de sus virtudes, cuyo principal teatro fué Roma.

§ XXIII. — Prodigioso número de santas mujeres que habia en Roma en la época de los Padres.—Las dos Melanias.—Maravillas de su celo y de su adhesion á la causa católica.—Su generosidad con la Iglesia y con los pobres.—La jóven Melania convirtiendo á Voluciano, á quien San Agustín no habia podido convertir.

Al trazar M. Capefigo el cuadro de la magnífica época de los padres de la Iglesia, dice: «La Ciudad Eterna era entónces la residencia de una multitud de peregrinos, que de los cuatro extremos del mundo iban á saludar los sepulcros de Pedro y Paulo. En las iglesias se veia agruparse una multitud de matronas romanas, y ellas daban impulso á todos los sentimientos cristianos.» (*Les quatre premiers siècles.*, etc., tom. III, pág. 310.) Nada es más cierto que esto. Jamas, en ninguna época ni en ninguna ciudad, se han visto á un mismo tiempo tantas mujeres de la más alta distincion, profesando el Cristianismo en toda su perfeccion, como se vieron en Roma en la época de los Padres; por el concurso de tales heroínas consiguieron aquellos grandes hombres fijar las reglas de la vida cristiana, é infundir en los pueblos las costumbres del Cristianismo; por ellas principalmente se cumplió entónces el oráculo de

San Pablo, de que Roma difundiria por todo el mundo los rayos de su fe y de sus virtudes, y reformaria el mundo: *Fides vestra annuntiabitur in universo mundo.* (Rom.)

El primer lugar en aquella pléyada de santas que apareció entónces en el hermoso cielo de la Iglesia, lo ocupó Santa Melania, llamada la Mayor (para distinguirla de su nieta, que tenia el mismo nombre, y que se llama la Menor), tan célebre en la historia eclesiástica

Siendo Melania hija de Marcelino, cónsul en 341, y heredera de una inmensa fortuna, era la más ilustre de las señoras romanas de su tiempo. Sus padres la casaron con un elevado personaje del Imperio; pero habiendo perdido en un mismo año á su esposo y á dos de sus tres hijos, cuando no contaba más de veinte años de edad, sufrió esta desgracia con una fe viva y con una firmeza heroica. En vez de derramar lágrimas, no hacía más que repetir con una admirable tranquilidad estas bellas palabras de Job: «Dios me los habia dado, y Dios me los ha quitado; ¡sea bendito su nombre!» (Job.) Y renunciando al mundo, que jamas le habia interesado, se consagró enteramente á la Iglesia, y tomó á su cargo todas sus necesidades y todos sus intereses, en toda la extension del Imperio. Habiendo principiado los arrianos á perseguir á San Atanasio, dejó Melania al hijo único que le quedaba (que despues fué pretor de Roma), y se embarcó para Egipto para ir á sostener y á defender de las asechanzas de sus crueles enemigos á aquel nuevo evangelista, á aquel defensor intrépido de la divinidad de Jesucristo, á aquella gran columna de la Iglesia. Queriendo visitar á los anacoretas de las montañas de Nitria, en el alto Egipto, para instruirse con sus exhortaciones y edificarse con sus ejemplos, San Isidoro de Alejandria se creyó obligado á acompañarla en su viaje. Ella vió y veneró, entre otros, á San Pambon, aquel prodigio viviente de santidad, á quien ella hizo ricas ofrendas, y á quien quiso tener el honor de enterrar con sus propias manos cuando murió. Habiendo el emperador Valente dispersado ó hecho aprisionar, en odio del Cristianismo, á aquellos santos solitarios, las mujeres católicas de Occidente se trasladaron al Oriente para honrar y socorrer á aquellos mártires de la penitencia, hechos confesores de la fe, venerados por todos los pueblos y perseguidos por los arrianos; y Melania fué la que se puso á la cabeza de aquellas expediciones de la fe y de la

caridad. En eso empleó ella sus riquezas, y por espacio de algun tiempo alimentó ella sola á más de cinco mil.

Lo mismo hizo con todos los obispos, los sacerdotes y los legos que, habiendo permanecido fieles á la verdadera fe, eran perseguidos como bestias feroces. Ella los recibia y los ocultaba en su casa cuando andaban fugitivos, ó los visitaba en sus prisiones, asistiéndolos á todos con sus bienes y sosteniéndolos con su valor; y cuando fueron desterrados á Palestina mil doscientos de ellos, los siguió á aquella comarca, proporcionándoles los medios de subsistencia. Cuando llegaron á su destierro los encerraron en calabozos oscuros, donde los vigilaban severamente, sin permitir que nadie los visitase. Pero Melania, renovando el ejemplo de Santa Natalia, al acercarse la noche, se ponía un vestido de esclavo para llegar hasta ellos, y llevarles las cosas necesarias á la vida. ¡Sólo una madre hubiera podido hacer otro tanto! El gobernador de Palestina lo supo, y, no conociéndola, la hizo tambien poner en prision y trató de infundirla miedo, creyendo sacarle dinero por este medio. Pero la humildad y la pobreza voluntaria no excluyen el santo orgullo de la nobleza, sino que más bien lo realzan. Así Melania le mandó á decir: «Yo soy Melania, hija del cónsul Marcelino, ántes esposa de un gran personaje del Imperio, y ahora la sierva de Jesucristo. No penseis despreciarme porque me veis mal vestida, porque podría estarlo tan magníficamente como quisiera. No penseis tampoco asustarme con vuestras amenazas, porque tengo bastante crédito para impedir que me arrebatéis la más mínima parte de mis bienes. He querido daros este aviso, á fin de que por ignorancia no caigais en alguna falta que os ponga en peligro.» Intimidado el gobernador por este lenguaje, lleno de firmeza y de dignidad, le presentó sus excusas, le tributó los honores que le eran debidos, y dió orden que se le dejase aproximar á los prisioneros cuando ella quisiera. (Pallad.)

Vuelta Melania á Roma, siempre por interes de la Iglesia, para manifestar allí las intrigas de los arrianos, convirtió á Apronion, esposo de Abita, su sobrina, hombre de gran reputacion, pero pagano. Ella no sólo lo volvió cristiano, sino que le persuadió que viviese en perfecta continencia con su esposa. Ella instruyó tambien en la perfeccion cristiana á Albina, su nuera, y confirmó á su nieta, Melania la jóven, en la santa resolucion que habia tomado de

vivir en continencia con su esposo. Mas habiendo sabido que la persecucion se extendia de nuevo en África, volvió á aquellos países, acompañada de su nuera y de Melania, su sobrina, á quienes habia comunicado su espíritu y habia hecho sus auxiliares. Ella consoló y socorrió á todos los que sufrían, se valió de la autoridad y de la independencia que le daban su nombre y su fortuna para reprimir á los magistrados y á los prefectos perseguidores de la Iglesia, y para echarles en cara su injusticia y su crueldad con los católicos; y ella fué quien hizo cesar cuasi enteramente la persecucion en aquella parte del Imperio. Habiendo vuelto de nuevo á Palestina, y estableciéndose en Jerusalem, reunió las jóvenes y las viudas de los desterrados en los establecimientos que allí fundó. Ella asistia á todos los extranjeros que iban allí de todas las partes del mundo, y especialmente á los obispos, á los monjes y á las vírgenes; todos los miembros más santos de la Iglesia estaban seguros de encontrar en Melania una tierna madre. Y teniendo al mismo tiempo la vista siempre fija en los peligros de la fe y en las necesidades de la Iglesia, acudia adonde quiera que habia arrianos que combatir y católicos que afirmar en la fe. Mientras que Atanasio hacia triunfar el Catolicismo con la luz de su doctrina y el poder de sus palabras, Melania lo sostenia con el prodigio de su vigilancia, de su actividad y de su celo, emprendiendo largos y peligrosos viajes por mar y por tierra, en un tiempo en que los viajes eran tan difíciles, recorriendo la Europa, el Asia y el África, llevando y esparciendo por todas partes los socorros de su caridad á los desgraciados, animando á los débiles y confirmando á los fuertes en la confesion de la fe. ¡Y ésta era una mujer! ¡Jamás ha hecho hombre alguno tantos viajes, jamás ha arrostrado tantos peligros ni ha hecho una cosa semejante por la causa de la religion y de la humanidad! El Cristianismo acababa de emancipar á la mujer; y ¡ved el primer uso que la mujer católica hizo de su libertad!

Se la echa en cara haberse dejado engañar por los origenistas, y haberse imbuido algo en sus errores. Pero ella desechó aquellas doctrinas erróneas desde el momento en que se las hicieron conocer. Por consiguiente, esta falta pasajera no impidió á San Agustín y á San Paulino tributar á esta ilustre matrona los más grandes elogios. San Jerónimo la llamaba *otra Santa Tecla, por su virtud*. San Epifanio, obispo de Salamina, en Chipre, quiso hospedarla en su

palacio cuando ella volvió la última vez de Jerusalem á Roma, despues de haber pasado veinticinco años en Oriente, sirviendo á la Iglesia.

Habiendo arribado á Nápoles en este mismo viaje, quiso ver y venerar á San Paulino, obispo de Nola, á quien la fama habia dado á conocer por un prodigio viviente de la caridad del Evangelio, el cual, como él mismo lo refiere, se admiró de sus virtudes y vió tambien en ella, con el mayor gozo, un prodigio viviente y el triunfo de la humildad cristiana. Ella estaba rodeada y seguida de sus hijos y nietos, que ocupaban en Roma los primeros puestos, así como tambien de toda la nobleza romana que habia ido hasta Nápoles á recibirla, deseosa de abrazar de nuevo en ella una de sus glorias vivientes, despues de tan larga ausencia. Todos aquellos personajes de la más alta distincion llenaban la vía Apia, y la hacian brillar con los adornos de sus caballos y de sus dorados carros, mientras que la santa, viuda, adornada tan sólo con un sencillo y viejo vestido negro, caminaba sobre una despreciable cabalgadura. El brillo de la seda, de la púrpura y del oro de toda su nóbile comitivo contrastaba singularmente con su modestia y su pobreza; y realzaba su mérito de tal modo, que el pueblo se creia dichoso al tocar sus vestiduras. (S. Pablo, Epist. 27 *ad Sev.*)

Poco tiempo despues de su llegada á Roma murió, á la edad de sesenta y dos años, de los que habia empleado cuarenta en el más brillante y fecundo apostolado de la fe y de la caridad. Esta fué, despues de San Atanasio, la más grande figura y el personaje más admirable de su siglo. Á excepcion del mismo San Atanasio, de San Jerónimo, de San Ambrosio y de San Agustín, nadie en aquella época hizo más bien, tuvo más celebridad ni causó más admiracion que ella en el mundo cristiano. Estos santos eran considerados como los verdaderos padres, y ella como la verdadera madre de la Iglesia.

El nombre de Santa Melania la Mayor nos recuerda á Melania, su nieta, llamada la Joven, que hizo tanto y aún más que su abuela por la causa de la fe y de la desgracia. Por esta razon, la Iglesia la venera tambien como santa.

Desde su infancia deseó ella ardientemente permanecer virgen.

Pero habiéndolo Dios dispuesto de otro modo, para mayor edificacion del mundo y para mayor bien de la Iglesia, á la edad de tre-

ce años fué casada, á su pesar, con Piniano, hijo de Severo, prefecto de Roma, descendiente de Valerio Publicola, y el más noble y más rico personaje del Imperio; pero al cabo de dos años habia hecho de él un verdadero santo. Habiendo tenido dos hijos, y habiéndolos perdido los dos en su infancia, dijo ella á su esposo: «Si Dios quisiera que viviésemos en el mundo, no nos hubiera quitado nuestros hijos. Al privarnos de lo que más amábamos en la tierra, nos ha dado á entender que quiere que nos consagremos á Él y vivamos para Él.» De este modo consiguió que su joven esposo viviese con ella en la más perfecta continencia, con el fin de poder dedicarse los dos con mayor libertad á la oracion, segun el consejo de San Pablo, y atender mejor á las necesidades de la Iglesia y de los pobres. Ved aquí, pues, estos jóvenes y nobles esposos, despues de haberse consagrado á Dios por el voto de castidad, observando una vida angelical, viviendo como dos hermanos y convertidos en verdaderos apóstoles de la religion y de la caridad.

Ellos comenzaron por dar libertad á ocho mil esclavos que tenían; y los que no quisieron aceptar su libertad, fueron dados á los hermanos de Melania, con la condicion de que los habian de tratar como á hombres libres ó como á hijos. Ellos vendieron los inmensos bienes que poseian en España y en la Gaula, reservándose sólo los que tenían en Italia, en Sicilia y en África, y distribuyeron su precio entre los pobres. Lo que ellos poseian de más precioso fué destinado á las iglesias y á los altares. Ellos dejaron la ciudad y se retiraron al campo, donde se ejercitaban en orar, en leer la Escritura Santa, en visitar á los enfermos, en consolar á los pobres y en trasladar, á ejemplo de los monjes, los escritos de los padres de la Iglesia griega y latina, repartiéndolos en la Iglesia. Despues de la muerte de su esposo, Melania, lo mismo que las otras santas mujeres que ella se habia asociado para esta santa obra, hizo de ella su ocupacion y sus delicias; de modo que cuando se leen los padres de la Iglesia, se debe recordar que la mayor parte de sus preciosos escritos, que forman la riqueza de la Iglesia, fueron trasladados y conservados por los solitarios y más aún por las mujeres.

Habiendo los bárbaros assolado la Italia, los santos esposos vendieron tambien los bienes que en ella poseian y pasaron á África para socorrer á los desgraciados que se refugiaban allí de todas

partes, y fueron á vivir á Tagaste, bajo la direccion de San Alipio, el gran amigo de San Agustin, que era obispo de aquella ciudad. Habiendo sabido San Agustin su llegada, quiso verles; ellos se trasladaron á Hipona, y fueron recibidos allí como dos ángeles. El pueblo se inclinaba á su paso con un respeto religioso, y pedia á gritos que Piniano fuese ordenado de sacerdote para poderlo tener un dia por obispo. El mismo San Agustin se admiró extraordinariamente de su humildad y de su devocion; él se alegró mucho de haberlos conocido, y los trató como á dos santos. Habiendo vuelto á Tagaste, vivieron allí siete años, practicando todas las virtudes y socorriendo todas las desgracias.

Esto les era tanto más fácil de hacer, cuanto que, habiendo abrazado la pobreza voluntaria y la mortificacion de Jesucristo, cuasi nada reservaban para su propio uso. Una humilde habitacion era todo su hospedaje, pan y hierbas todo su alimento, y unos vestidos muy modestos todo su equipaje. Jamas se habia visto tanta nobleza unida á tanto desprendimiento del mundo y á tanta humildad. Tratándose ellos mismos como si fuesen pobres, eran siempre ricos para los demas. Ellos recorrieron tambien la Italia, la España, el África, la Palestina y el Asia Menor, fundando por todas partes conventos, erigiendo templos al Señor y asistiendo á todos los desgraciados; sus inmensas riquezas y su posicion en la córte imperial les permitian practicar la caridad en tan grande escala. No es exageracion decir que estos dos ángeles terrenos alimentaron y consolaron, por espacio de muchos años, á todos los pobres del mundo cristiano. Ellos hacian llegar sus limosnas por otros medios donde no podian ir ellos mismos.

Habiendo perdido Melania á su amado esposo, á quien habia convertido en ángel tutelar de su pudor, y que no la abandonaba jamas, no por eso dejó de continuar sus expediciones en utilidad de la fe y de la desgracia. Ella arrojó todos los peligros por tierra y por mar, para acudir donde habia católicos que defender y pobres que socorrer. Volviendo al Africa, sufrió un naufragio en las costas de Sicilia, y creyó que Dios la habia llevado á aquella isla para hacer en ella el bien. En efecto, habiendo visto que ciertos bárbaros idólatras se habian apoderado de millares de cristianos y los habian hecho esclavos, Melania los rescató á todos y los volvió á la Iglesia y á la libertad.

Siendo la primera dama de honor de la Emperatriz, que la amaba como á una hermana y la veneraba como á una santa, sólo se sirvió de esta posicion, que su nobleza y sus virtudes le habian proporcionado en la córte, para defender la causa de la religion y del infortunio; y defendida esta causa por un abogado tal, triunfaba siempre; y esto la hacia considerar como la protectora de la Iglesia y el genio benéfico de los pobres. Así es que su muerte fué considerada como una verdadera calamidad para la Iglesia y para los desvalidos. Todos los obispos y todos los presbíteros de Palestina se reunieron para celebrar sus funerales, que tuvieron lugar en Jerusalem. Toda la cristiandad la sintió, y parecia que la Iglesia lloraba su muerte.

Mas ved aquí un rasgo particular de la vida de esta admirable mujer, á saber: que siendo tan sábia en la ciencia del Cristianismo, cuanto era caritativa, sirvió á la Iglesia tanto por la elevacion de su espíritu como por la grandeza y la generosidad de su corazon. En aquel tiempo la herejía nestoriana hacia grandes estragos en Asia y África. Pues bien, Melania, tan celosa por la integridad de la verdadera fe, como era sensible á las desgracias de todos, no podia sufrir á los novadores ni á los herejes. Así es que se puso á combatirlos con la fuerza de su elocuencia, á la que nada podia resistir, mientras que los hombres, los pontífices y los doctores los combatian con la fuerza de sus escritos y con la autoridad de sus decisiones. De esto modo, por sus disputas contra los nestorianos, tuvo ella la dicha de convertir un gran número de ellos y de intimidar á los demas, y no contribuyó poco á la represion de esta herejía y al sostenimiento de la verdadera doctrina (1).

Algunas veces fué aún más feliz que los hombres en la difícil empresa de atraer los espíritus á la verdad. El astuto heresiarca Pelagio, cuyo prestigio, cuya erudicion y cuya elocuencia capciosa habian sumergido en el error á tantos hombres, aún sacerdotes y aún obispos, y habian hecho vacilar á otros muchos, empleó todos los medios posibles para seducir á Santa Melania, porque él conocia bien que la conquista de una mujer de tan elevado entendimiento y de tan gran corazon, de una mujer tan poderosa, tan es-

(1) «Suis disputationibus hæresim cumpescuit, multosque hæresi dementatos suis argumentis ad sanitatem mentis reduxit.» (Rivaden., *in Vita*, 31 diei.)

timada y tan venerada, le habia de producir otras muchas conquistas. Pero se engañó su astucia sacrilega. Léjos de haber podido triunfar de Melania, ésta, por el contrario, le convenció de sus errores, le confundió, y le hubiera atraído indudablemente á la verdadera fe, si un hombre como Pelagio, ciego de orgullo, hubiese podido ser convertido.

El célebre Boluciano, prefecto de Roma, gran filósofo pagano, defensor fanático y obstinado de las doctrinas y de los ritos del paganismo, causaba la aficcion de su madre, que era cristiana. Ella lo recomendó á San Agustín para que procurase convertirlo. El gran doctor se ocupó de ello en efecto, y con este motivo escribió sus *Cartas á Boluciano*, en las que expuso de la manera mas luminosa y más conveniente la verdad y la excelencia de la fe cristiana. Boluciano se conmovió, pero no se convirtió, y permaneció firme en su fanatismo y en su obstinacion. Dios, dice Baronio, habia reservado la gloria de esta conversion al celo y á la piedad de una mujer. Habiendo ido Boluciano á Oriente con una mision del Emperador, y habiendo caido enfermo de peligro en Constantinopla, lo hizo saber á Santa Melania, su sobrina, que se hallaba en Jeruealen, con el fin de que fuese á asistirle. La celosa Melania se trasladó al instante mismo al lado de aquel hombre, mucho más enfermo de espíritu que de cuerpo, y ocupándose ante todo del estado de su alma, supo demostrarle tan bien el vacío de la filosofia, la vanidad de los ídolos y la verdad del Cristianismo, que Boluciano, como si una mano invisible le hubiera quitado la venda que le cegaba, abrió los ojos de su espíritu á la verdadera luz, pidió hacerse y se hizo, en efecto, cristiano. Pues bien, esta conversion difícil, esta gran conquista de la fe, en la que el genio más grande del mundo habia fracasado, y que Dios reservó al celo de una mujer, al mismo tiempo que causó, segun el mismo Baronio, la alegría de la Iglesia y la admiracion del mundo, es tambien una prueba de la importancia de la mujer bajo el punto de vista religioso.

§ XXIV.—Prosigue la misma materia.—Santa Marcela y sus grandes virtudes.—Ésta es la fundadora de los institutos monásticos en Occidente.—Su celo salva la fe católica en Roma.

Al mismo tiempo que Santa Melania manifestaba en Oriente, con tales prodigios, su celo y su adhesion á la causa del Catolicismo, otra mujer católica la hacia triunfar en Roma. Era Santa Marcela, á quien San Jerónimo amaba como á la más ilustre de sus hijas espirituales, á quien Santa Principia veneraba como á su madre, y de quien aquel santo doctor decia á esta jóven virgen: «Marcela no pertenecia solamente á tí y á mí, sino que pertenecia á la Iglesia; ella era la mayor gloria de la ciudad de Roma y *de todos los santos*» (1). Descendiente de la antigua familia de los Marcelos, en la que el consulado y la pretura se habian hecho hereditarios, ninguna mujer poseyó en más alto grado las ventajas de la nobleza, de la riqueza y de la belleza. Sin embargo, habiendo quedado viuda á los siete meses de su matrimonio, no quiso oír hablar de nuevas nupcias; ella rehusó la mano del cónsul Arcadio, pariente del Emperador. Ella hizo voto, segun sus expresiones, *de una castidad eterna* (2); vendió sus bienes, hizo pasar su importe á manos de los pobres, y se consagró enteramente al bien de las almas y al servicio de la Iglesia.

Desde luego se retiró á una pequeña casa del monte Aventino con Principia, su hija espiritual, jóven que ella habia educado en la más elevada piedad, y que San Jerónimo hizo ilustre por las cartas que le dirigió. Allí fué donde, durante la ocupacion de Roma por los bárbaros al mando de Alarico, habiendo entrado muchos soldados en su casa, le pidieron el oro que tuviese. «Mi oro, les respondió ella, lo he repartido á los desgraciados, y no me he reservado más que la túnica con que me veis cubierta.» Creyendo los

(1) «*Marcelam tuam, imo meam, et ut verius loquar, nostram, omniumque Sanctorum et romanæ urbis inclytum decus.*» (*Epist. ad Principiam.*) En otro lugar llama el mismo santo doctor á Marcela, «el ejemplar único de la vida de las viudas y de la santidad romana: *Unicum viduitatis et romanæ sanctitatis exemplar*» (*In Epist. ad Ephes.*), y en el prefacio de sus comentarios sobre la Epístola á los gálatas y sobre Ezequiel le tributa tambien los mayores elogios.

(2) «*Cupio me æternæ pudicitiae dedicare.*» (Hieron., *ibid.*)